



Adriana Puiggrós y Adrián Cannellotto

Mariana Chaves

Una de las cosas que los pibes más piden, además de trabajo, es ser escuchados

Facultad de Trabajo Social, UNLP



Adriana Puiggrós (AP): Comienzo con una pregunta que me da vueltas en la cabeza. Cuando hablás de la juventud signada por el “no”, negativizada, negada y, por eso mismo, impedida de ser considerada en su integralidad desde muchos puntos de vista, ¿qué sentidos y voluntades sociales confluyen en esa situación?

Mariana Chaves (MC): Me sale responder por dos lados. Primero, contar un poco cómo llegué a esa noción; después, cómo la veo o cómo la vi en aquel momento, cuando escribí ese primer artículo, y cómo veo la repetición de ese formato –bastante agudo, por cierto– en los últimos meses en el caso de

Argentina. Por un lado, venía colectando o construyendo datos en torno a lo que se decía acerca de los jóvenes, porque intentaba tener una coherencia con esa premisa de definición que había tomado de otros investigadores latinoamericanos. Cuando empecé a estudiar juventudes, fue de gran influencia para mí la perspectiva mexicana, junto con la de los brasileros, ya que eran quienes más venían conceptualizando el tema. Ellos decían que, además de cómo se autoperciben las personas, hay que ver qué se dice sobre los demás porque es una categoría relacional. Entonces me hice la pregunta: ¿cómo lo llevo a la práctica? Mapeo discursos que hay sobre la juventud, qué es lo que se está



diciendo sobre ellos, a ese material lo empiezo a organizar con análisis del discurso, voy por el modelo de las representaciones sociales, por el conjuntos de significados, y empiezo a encontrar que no había casi frases positivas, o sea, frases de reconocimiento, que de verdad estuvieran mirando al otro, capaces de legitimar la práctica, sino que mayormente eran discursos que no legitimaban su existencia. Y eso me hizo como un *link* con la perspectiva de Foucault del poder como el gran “no”. Y así sale esa idea de la juventud negada y negativizada que interpreta que la mayor parte de los discursos vigentes en ese momento —estábamos a fines de la década del noventa— tenían que ver con hablar mal, vamos a decirlo así, con negativizar las prácticas. Eso siempre tiene un componente de clase. Además, las prácticas de los sectores populares, como lo ejemplifico a veces, aparecen en la sección de las noticias policiales de los diarios, mientras que las prácticas de los sectores medios altos lo hacen en la sección de sociales. Por otra parte, la negación de su existencia se vincula también al hecho de que la productividad de las acciones de esos jóvenes nunca aparece visibilizada. Esto es algo que se une con la idea de que las sociedades —y es una hipótesis que trabajamos los que investigamos juventudes— tienden a no hacerse cargo de sus dificultades para la integración y la inclusión social. Depositán en algún sector social la culpa de los males, de lo que está sucediendo. El sector juventud ocupó ese lugar.

Ahora bien, hubo otros momentos en la historia en los que la juventud dijo: “No, es la sociedad la que tiene problemas. Nosotros somos la

solución”. Un ejemplo clásico de esto fue la Reforma del '18. Pero en muchas otras ocasiones suele primar este discurso social que dice “la sociedad está bien, el problema lo tienen los pibes”. Y ahí vuelve a actualizarse esta representación negativa o negativizante de la vida juvenil. Esto se puede ejemplificar en distintos momentos, particularmente en los últimos meses, en el contexto de las discusiones políticas en Argentina por la misma contienda electoral. Diversos sectores empezaron a acusar a los jóvenes de que parecía que iban a ser los culpables de algunos destinos. Y emergió mucho en el discurso progresista —todo lo pongo en potencial porque no está comprobadísimo, o sea, nadie gana las elecciones solo porque te voten los jóvenes, aunque son parte importante del electorado, y parte de ese electorado votó a [Javier] Milei, como también a otro sector—, pero hubo mucho discurso acusatorio acerca de que el destino del mal que nos iba a acontecer era culpa de ellos. Es muy interesante cuando pasan esas cosas porque los que investigamos juventudes decimos que hay que dejar de mirar a los jóvenes y mirar qué es lo que la sociedad no está pudiendo resolver. Claramente, la sociedad argentina no está pudiendo resolver la integración social y la inclusión con dignidad. Entonces opera esto que estoy describiendo. Más allá de que haya grupos de personas jóvenes y no jóvenes que optan por posiciones de derecha. La sociedad se pone muy cruel con las personas que está criando, acusándolos y responsabilizándolos en determinados momentos, teniendo poca capacidad de autocrítica sobre qué mundo les estamos dejando.



AP: ¿Qué vinculación ves entre la actitud de los adultos, de las familias, de las madres y los padres en los años sesenta —en parte en los setenta también, en los ochenta— en relación con tomar distancia de su propia responsabilidad? Eso de la comprensión infinita, me refiero a la comprensión infinita para con el adolescente, dejándolo muchas veces solo. Esta suerte de comprensión infinita que suele decir: “bueno, ya se les va a pasar, es una época, hay que comprenderlos”. Esto ocurre al mismo tiempo que, en este momento particular, como vos decías, uno se encuentra con que la juventud, más allá de lo que piense políticamente, está sola, ¿no?

MC: Sí. Se genera un enlace entre acusar y una narrativa que presume de querer dialogar, pero en la práctica la acusación tiene un efecto de no escucha del otro y de anulación del otro. El dedito acusador que bien sintetiza esa posición. Aun cuando esté rodeada de buenas voluntades, coronadas con frases del tipo “yo sé cómo son las cosas”. Y lo digo también en términos de que uno se implica en eso, uno ha tenido experiencias, porque es más grande y le ha tocado vivir distintos momentos de la historia, experiencias neoliberales, de gobiernos neoliberales, experiencias dictatoriales. Uno conoce cómo es la vida cotidiana allí y quisiera transmitir que eso no está bueno. Y lo hacemos casi con un “por favor”: que por favor para ese lado no vayamos. Pero el formato que adquiere ese intento es muchas veces leído como soberbio o como acusador, con poca capacidad de escucha de lo que a los pibes les está pasando. Cómo analizan la experiencia de vida que han tenido,

más corta o más larga, etcétera. Algo que muestran las investigaciones que nosotros vamos haciendo es que una de las cosas que los pibes más piden, además de trabajo, es ser escuchados. Ahí sigue habiendo una dificultad para el diálogo entre generaciones. A veces uno tiene la impresión de que en algunos momentos de la historia o en algunos ámbitos eso mejoró.

Vos me ponías de ejemplo la década del sesenta, y los que estudiaron ese momento, al estilo Margaret Mead, que miraba las relaciones intergeneracionales, ya advertían en ese momento una distancia. En estudios de historia de la juventud se ve que el salto cultural que hubo entre los padres de los que fueron jóvenes en los sesenta resultó un abismo (casi) cultural, sobre todo en las mujeres, en el género femenino. Los avances que ha habido en las mujeres son como saltos generacionales y se nota mucho más la diferencia entre la vida de una mamá y las cosas que hacen las hijas, en los sesenta eso se notó mucho, particularmente entre los sesenta y setenta. Después parece como si hubiese más una cercanía en los ochenta-noventa. Aun cuando luego parece darse esa cercanía, las cosas que aparecen en común siempre se dan en submundos culturales diferentes.

Los que estudiaron educación, que siempre están mirando esa relación intergeneracional en la escuela, la construcción de autoridad pedagógica, dieron cuenta en esa época de un deslizamiento o un borramiento en algunos casos de la posición adulta, casi una confusión de muchos adultos que ligaban la construcción de autoridad a la experiencia autoritaria. Entonces



aparecen todas esas dificultades con los límites y todos esos debates sobre a qué se le dice “no”. Y al mismo tiempo los pibes reclamando que haya alguien parado para poder construirse.

Las generaciones más grandes, en muchos sectores, han logrado aprender de las personas más chicas muchas cosas. Vuelvo al ejemplo del movimiento feminista en Argentina, que tiene una particularidad: la posibilidad que nos dio la generación de nuestras hijas de transformar culturalmente muchas prácticas. Y esto significó otras reflexiones. Eso se percibe en los papás y en las mamás, pero sigue habiendo siempre algunas dificultades para la escucha, y una cosa que vemos los que miramos las prácticas culturales es que, con la aceleración de los cambios que se producen culturalmente, la distancia o el extrañamiento de lo que hacen es cada vez más corta en relación con las distancias biológicas. Es decir que los padres no saben en qué redes andan los pibes de veinte. Incluso los pibes de veinte no saben en qué redes andan los de diecisiete, cómo producen, a qué tecnologías recurren y qué tipo de consumos culturales practican. Muchas veces se sienten extrañados culturalmente de sus propios hermanos. Si tenemos algún interés, esto nos hace ir siempre corriendo detrás. Por supuesto, hay muchos que no tienen un interés en conocer ese mundo de vida, pero ese mundo de vida es lo que les hace interpretar. Ya hace rato que quedó claro que las únicas fuentes de información para socializarse no son la familia y la escuela. Ambas están siempre, pero además está todo lo que circula por los medios, en particular, todo aquello que circula por los medios

que funcionan a través de Internet y que contribuye a la conformación de la subjetividad política, ética, de los jóvenes. Esa subjetividad viene en buena parte armada, en el relato que ellos mismos hacen, desde referentes que tienen en esos espacios. Por eso, también, la entrada de referentes más progresistas o de referentes de derecha en este último tiempo ingresa por ahí, se disputa en esos lugares.

Adrián Cannellotto (AC): Te cambio el eje con otra pregunta. Vos, en uno de tus artículos, seguís a [Luis] Reygadas con su idea de la desigualdad pensada desde tres niveles: el individuo, la inclusión y lo estructural. Y, en un momento, decís que esos tres niveles sirven para pensar la desigualdad de cara a la planificación de las políticas públicas, a la intervención política. De ellas pasás a la cuestión de las desventajas, incluso decís, y me parece interesante, la acumulación de desventajas en jóvenes de sectores vulnerables. Me interesaría que nos dieras alguna precisión en relación con tres cosas que aparecen anudadas en aquella idea de desigualdad. Me refiero a lo comunitario, al estar presente, al acumular saberes. Tres cosas que se articulan en esta idea de pensar políticas que efectivamente puedan favorecer intervenciones que cambien el eje de las prácticas y que otorguen algún sentido distinto a lo que muchas veces se hace desde el Estado, desde las organizaciones.

MC: Comienzo por organizar, aunque sea en pocas palabras, la cuestión de la multidimensionalidad de la desigualdad, que es esta propuesta de Reygadas —que, por cierto, una vez tuve la



oportunidad de conversar con él y me dice: “Ese texto es como un texto lateral mío, no es mi tema principal”; bueno, a mí me organizó los últimos años de la interpretación y la construcción de datos, porque encontré una clave, en ese artículo de él, para entender más la baja del impacto de muchas políticas en un contexto que es el argentino, donde el avance normativo es continuo—. Nosotros tenemos una ampliación normativa de derechos, y en algunos casos hasta también de acceso, pero a su vez crece la desigualdad. Entonces, eso no solo parece una paradoja económica, de hecho lo es. Claro que los economistas nos ayudaron a entender que a un país le puede ir muy bien en términos numéricos, pero eso no implica que se consiga una distribución interna de recursos y oportunidades, sino que tenemos esa heterogeneidad estructural. En términos de desigualdad, esto es amigarse con las distintas teorías y decir “tengo que usar todas a la vez”. Muchas veces, desde la izquierda digamos, desde la perspectiva marxista, hemos renegado de las teorías individualistas de la desigualdad. Pero ahí hay un elemento que hay que tomar en cuenta. Luego está la desigualdad interaccional. Este es un campo muy rico para mi profesión, para la antropología, porque tiene que ver con cómo las personas clasifican a otras y cómo actúan en relación a eso. Y uno podría decir: yo podría cambiar las clases, acabar con el capitalismo, por decirlo así, terminar con el individualismo, e igual la gente va a armar sistemas categoriales, va a armar sistemas de clasificación y va a decir: “el de atrás, el de adelante, este es mejor, el que tiene anteojos, el que

no”, no sé, distintas cosas, y sobre eso va a construir relaciones de desigualdad, de ciertas dominaciones o experiencias de subordinación para otros.

AC: Eso es interesante, porque es algo que ocurre en todos los sectores. Siempre hay alguien al cual uno puede dejar afuera, colocar abajo.

MC: Sí, eso es parte de la dinámica de la sociedad. Todas las sociedades, aunque no estuvieran en contextos de capitalismo, organizan sus culturas en base a sistemas de categorías, y con eso se organizan relaciones de poder, de desigualdad. Entonces hay que prestar atención y darles importancia, hay que develarlas y trabajar sobre eso con las personas. Porque eso sí tiene que ver con una posibilidad fuerte de los procesos de enseñanza-aprendizaje, de los espacios en que compartamos con otros y cómo, si uno tiene la oportunidad de crear espacios de política pública o estrategias de intervención o de organizaciones, el espacio que crea intentar que funcione con una regulación más igualitaria. Yo apuesto mucho —mientras tanto sigo dando las grandes luchas— a que en la vida de una persona, esta pueda haber atravesado experiencias de igualdad, porque yo creo que si uno atraviesa una experiencia de igualdad en algún momento, se subjetiva en esa experiencia y ve que es una posibilidad.

Yo trabajo principalmente con pibes en sectores populares hace ya bastantes años. La mayor parte de sus experiencias de vida son imposiciones de subordinación, itinerarios de rechazo, como los llama otra compañera. Y entonces ellos se expresan también bajo



ese formato. Hay una frase que uno encuentra muchas veces en la escuela: “no, a mí no me da la cabeza”, o “me dijeron que no puedo”. De dónde sale eso, quién lo dice. Montones de veces escuchamos esto. O también puede ser el caldo de creación de las culturas resistentes, sobre todo masculinas, al estilo de lo que Paul Willis registró en Inglaterra. Son prácticas culturales juveniles de resistencia a las instituciones, sobre todo a la institución escolar, pero a veces también a la familia o a otras instituciones, que estratégicamente les construyen un lugar de prestigio y de ser como el rebelde u otras figuras, pero que son totalmente contraproducentes en términos de avanzar en esas instituciones, porque esas instituciones los van a eyectar finalmente o los van a obstaculizar, se van a tener que ir.

Pero bueno, vuelvo a lo de la desigualdad. En esa triple dimensión, también en la búsqueda de esta idea de coherencia conceptual, metodológica y política, si uno dice: “tengo un concepto que me sirve para explicar mejor cómo funciona el mundo” y la desigualdad es multidimensional, si yo quiero dar respuestas a ese mundo, tendría que hacer también políticas multidimensionales, o intervenciones o lo que sea, lo tengo que pensar multidimensionalmente. Y siempre digo que no me puedo ocupar de todo, pero puedo articular con otros. Entonces, si estoy pensando una política pública y digo “bueno, vamos a crear”, podemos poner de ejemplo alguna que esté sucediendo, como el IFE,¹ que

es una política que lee una situación social —desde mi punto de vista adecuadamente— y quiere insertar una transferencia monetaria para la mejora de esa situación, aunque sea por un tiempo. Ahora, esa política, que puede ser leída como una política que ataca a la parte estructural de la desigualdad, tiene que estar acompañada, tiene que prever las capacidades individuales en términos de tener celular para anotarse, tener conectividad, tener habilidades tecnológicas, o sea, la digitalización burocrática es buena, es interesante, pero tiene un efecto de desigualdad sobre los sectores que no acceden a esas tecnologías, por el tipo de aparato, por la conectividad y por las habilidades que se necesitan para todo eso. Entonces ahí yo puedo tener un efecto que no me permite llegar al grupo al que quería llegar. El IFE en pandemia fue muy importante, y voy a otra de las dimensiones que vos traías, que es lo comunitario: el papel de las organizaciones sociales, los movimientos políticos. Porque el Estado no tiene tanta capilaridad territorial; el Estado logra capilaridad territorial fundamentalmente por dos grandes sistemas de políticas públicas, que son el educativo y el de seguridad. En casi todos lados, hay escuelas y comisarías o destacamentos; y, un poco menos, salud. En la salud está el tema de que en general el primer nivel de atención es municipal. Entonces eso varía mucho por territorio, pero estaría como en un tercer lugar. Ahora, la seguridad, las políticas de seguridad, no son nunca utilizadas para políticas de acceso a derechos. El dispositivo estatal de seguridad en el territorio tiene sus políticas específicas, que en general

1 Ingreso Familiar de Emergencia [N. de E.].



son represivas, se enfocan en la trama delictiva, etcétera. La escuela, en cambio, sí es utilizada para algunas políticas de acceso a derechos. Pero no siempre puede hacerlo bien. En ese momento, en el de la pandemia, la escuela estaba en un contexto de dificultad porque por un lado estaban cerradas, al menos al inicio, y por el otro, hubo —por lo menos en la región donde yo vivo, en el Gran La Plata, y en Provincia de Buenos Aires, donde tengo también alguna lectura de lo que fue ocurriendo— un retraimiento del trabajador de la educación hacia adentro de las paredes de la escuela. Y la cuestión de la caminata del barrio fue teniendo y tiene aún hoy sus atravesamientos, sus dificultades, a veces por la propia matriz burocrática, por diferentes causas, pero no está tan volcada hacia allí. Como han sido tan usadas o se les ha pedido tantas veces ayuda para participar de políticas públicas, hay cierto hartazgo a veces en las comunidades educativas por tener que hacer tareas que se considera que no tienen que ver con lo específico del docente, y ahí hay otra cuestión relacionada a la multidimensionalidad de la desigualdad, que es que todo en la vida de la persona tiene que ver con la educación, así como todo en la vida de la persona tiene que ver con si va al centro de salud o si pasa por la comisaría. La vida de un estudiante no se resuelve solamente en la escuela, por lo tanto, ese pedido de articulación entre políticas públicas que solemos tener tiene que ver con esta reposición de la integralidad del sujeto, que no sea responsabilidad del sujeto —yo siempre doy el ejemplo— ir a juntar sus pedacitos de persona en los diferentes

espacios estatales, sino que el espacio estatal también tenga una propuesta que integre al sujeto.

Lo de la perspectiva comunitaria tiene que ver con el reconocimiento de esas tramas. Muchas veces las intervenciones estatales ven al pibe, ven a la familia y no ven nada más. Es lo que nosotros llamamos el familiarismo. Está el pibe y la familia y todo debería resolverse ahí. No digo que las familias no tienen una responsabilidad, lo mismo que el pibe tiene una responsabilidad, pero hay una trama social que hace a la posibilidad de esa vida. Y ahí es interesante esa visibilización de la posibilidad, o de la imposibilidad, por supuesto.

AP: Durante la pandemia hubo algo que yo a esta altura pienso que fue más un mito. Me refiero a los docentes saliendo de la escuela y yendo a la comunidad. En los dos años de la pandemia se hablaba mucho de una nueva vinculación de los docentes con la comunidad y con las organizaciones sociales, o sea, la fuerza de las organizaciones sociales. ¿Cuánto hubo realmente de una acción fuerte de organizaciones sociales, de docentes, de gremios, en el sentido de acompañar a los jóvenes, que estaban realmente desamparados, no?

MC: Es difícil generalizar, pero conozco experiencias de los dos tipos, digamos. Sí conozco experiencias de organizaciones y de espacios que se crearon en pandemia, porque en los barrios —por lo menos en los que yo estoy, y tengo panorama de otras zonas del AMBA también— algunos pibes, y si no también personas más



grandes, adultos, iniciaron experiencias de merenderos, comedores. En el barrio, en los barrios populares en general, cuando empieza a haber situaciones de hambre, la gente se autoorganiza para darse de comer entre sí. Siempre podrá haber algún individualista, pero mayormente hay estrategias de supervivencia entre las familias y en lo comunitario para sostener. Entonces ahí los primeros que volvieron a abrir para dar de comer fueron las organizaciones que ya estaban. El Estado tardó un poco más, por lo menos en el caso de La Plata y Provincia de Buenos Aires, las escuelas tardaron un poco más en volver a dar el servicio alimentario, que además lo hicieron en términos de bolsones. Tardaron en hacer llegar estrategias de continuidad educativa, después de asumir que no había conectividad en estos barrios; o sea, la continuidad educativa a través de la conectividad fue algo muy bueno porque permitió sostener a sectores medios, sectores altos, pero en los sectores donde no había esta infraestructura eso fue la nada al principio. También hubo organizaciones que hacían fotocopias, llevaban, traían; y después el sistema educativo, y ahí creo que también hay una diferencia, mucho por las gestiones de la escuela, eso no les voy a decir a ustedes, pero marca mucha diferencia también. A veces los lineamientos, pero a veces también cómo está armada cada comunidad educativa, qué historia tiene en el territorio, qué gestión, cómo está armado ese equipo de profes o de maestros. Algunos sí empezaron a repartir materiales, empezaron a armar sus grupos de WhatsApp, de cosas posibles acordes con las condiciones que tenían sus

vidas, y yo creo que una interesante estrategia, pero que apareció varios meses después, fueron los ATR.² El ATR sí fue una estrategia para mí muy interesante, muy adecuada; ahora que se dice todo “situado”, bueno, esa era una política situada, una política que conocía, sabía que hacía falta salir a caminar y llevar las tareas casa por casa, hablar con los pibes, buscar espacios que estuvieran abiertos para hacer algunos apoyos, etcétera. Ahora, para mí esa política tendría que haber continuado cuando volvimos a la presencialidad, porque permitía acompañar a los chicos —yo miro sobre todo el secundario— para que volvieran a la escuela; además, en esas dificultades que tienen en la escuela, podía seguir apoyándolos. El ATR les hubiera permitido seguir caminando el barrio. Pero se transformó, y esa figura ahora está adentro de la escuela. Volvemos así a estar adentro de la escuela, que no digo que no sea necesario, pero hay algo con los adolescentes y el espacio barrial (el ir, el estar en las casas) que es importante porque tiene mucho que ver con el vínculo, y ahí me engancho con otra de las cosas que preguntaba Adrián. La mejor estrategia de intervención y de política pública es el tiempo, que es una de las grandes fallas de la política pública en términos de continuidad. A veces, hasta dentro del mismo partido cambian los funcionarios, eso da discontinuidad,

2 Siglas del Programa de Acompañamiento a las Trayectorias y Revinculación, lanzado durante la pandemia de covid-19 por la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires [N. de E.].



no se espera suficiente tiempo, no se evalúa. Bueno, eso juega en contra. El tiempo que duran los trabajadores en las políticas. Muchas veces, el que está en el barrio es como el último eslabón de la cadena laboral de un ámbito de política pública, por lo tanto, es el que está más precarizado. Eso pasa absolutamente en el sistema de niñez, por lo que rotan mucho más esos compañeros. Entonces no acumulan experiencia, no acumulan en el vínculo, que es la única manera de trabajar con otra persona. Y el vínculo se construye en el tiempo, en el estar ahí, estar, estar, permanecer, y estar en un formato de disponibilidad, para cuando el otro lo precisa. No necesariamente estar en términos de cuando yo puedo y quiero, y entonces que el otro venga. Hay un formato muy clásico del Estado y a veces también de las organizaciones que se puede ejemplificar de esta manera: “bueno, yo organizo esto, vengan”, “usted precisa tal o cual cosa, venga”.

Esto, además, en muchos casos implica —y yo venía pensando en esto en el último tiempo— un proceso consistente en que la persona tiene que comprobar frente al trabajador estatal o de las organizaciones que merece el derecho. Yo venía pensando en este tiempo en esto que empezó a discutirse, que muchos jóvenes decían “de qué derechos me hablan”. Yo me decía, bueno, voy a revisar cuál es su experiencia con el acceso a derechos. Cuando empezás a ver muchas trayectorias, la experiencia del acceso a los derechos es un camino meritocrático, es decir, las interacciones —y ahí vamos al nivel interaccional de la desigualdad— que han tenido para acceder al derecho les han implicado una relación en la que

deben demostrar interés, algo a cambio, un mérito, un “me lo merezco”. Es decir que se portó bien, que es el que viene a la escuela, que es el que hizo este registro de salud, que es el que llevó tal otro papel, quien consiguió los cinco papelitos que había que llenar, trajo los veinte pesos. Y siempre es ir. Hay un proceso que profundiza la idea del derecho ligado al individuo y no la idea del derecho como algo ligado a lo colectivo. La obtención del derecho es casi consecuencia del trabajo individual que hizo para juntar todo, de haberse portado de una determinada manera. Entonces, eso es muy distinto a la experiencia del derecho como algo colectivo, como eso que vas a tener porque sí, porque es un derecho, para el que no hay que demostrar algo. Para acceder al derecho solo hay que existir. En el caso de los pibes que, además, están tutelados, más todavía. Siempre tienen esa idea, pero hay ahí toda una estructura del mérito, de que el otro tiene que mostrarse sumiso, a veces como una víctima: tiene que demostrar como un merecimiento del derecho. Esa estructura funciona en los servicios locales, funciona a veces en algunas organizaciones, o en algunas cuestiones, no es tampoco que esto sea así todo el tiempo. En alguna experiencia escolar también tienen esa percepción respecto de cómo accedieron al derecho y, entonces, hay una despolitización también de la perspectiva del acceso al derecho.

AP: Ahora bien, vos distinguís entre representaciones que intervienen en distintos tipos de discursos sobre la juventud, y sostenés que todas ellas finalmente tendrían una mirada



esencialista y naturalista, y ponés — es cita textual— “se habla del joven desde la potencialidad de la acción, no en su relación con los demás”. Eso me pareció muy interesante y está en línea con lo que estás diciendo en este momento, o sea, la mirada del joven, digamos, recortada de los vínculos posibles. Entonces, ¿cómo impacta en los jóvenes la mirada de los otros? En esa mirada hacia los jóvenes que recorta, que toma al individuo y no tiene en cuenta los vínculos, ¿cómo impacta el conjunto? En una organización social, por ejemplo —ni hablar de la escuela—, hay una mirada colectiva sobre los jóvenes. No hay ese: “son los jóvenes, los jóvenes son así”. Vos hacés una categorización muy interesante sobre las diferentes miradas. Pero no son miradas individuales sobre un joven individual. Mi pregunta es si hay una mirada colectiva hacia los jóvenes que tiene determinación sobre las acciones de una organización social, de la comunidad, etcétera.

MC: Una primera cuestión es que a esa sistematización de representaciones la trabajo con la idea de que esas son las representaciones hegemónicas. Ocupaban en ese momento esa posición y la han seguido ocupando. Ahora bien, siempre hay otras representaciones, subalternas, y algunas a veces logran una posición contrahegemónica, digamos, logran verse. Pero en general están en posición de subalternidad. Esas representaciones son las que reconocen al pibe y a la piba como un sujeto legítimo, las que llevan a la práctica la idea del sujeto de derecho. La disputa también es difícil porque se ha incorporado mucho la idea

del enfoque de derechos sobre las y los pibes, que bienvenido sea, pero no se lleva a la práctica. Entonces te enfrentás, para decirlo así, tenés que dar batalla con un montón de compañeros y compañeras que hablan de derechos, pero que en la operativización igual invisibilizan a las y los pibes o que la política no los tiene en cuenta. No hemos logrado casi que se cumpla la ley según la cual los pibes tienen que ser parte de todas las políticas que se decidan sobre ellos. Ahora se hicieron algunos consejos de adolescentes que, aunque tienen la palabra, no deciden nada. Esto de que tengan parte en las políticas no lo cumple nadie, entonces hay ahí una cuestión.

Hay quienes ven la potencia en lo juvenil, por supuesto con el cuidado de no endiosarlos porque entonces serán los que tengan que solucionar todo lo que nos pase y caemos en lo mismo que ya comentamos. Ahora bien, no hay alguien que tenga siempre una perspectiva o una representación, o siempre la otra. Las diversas representaciones aparecen en una misma organización, en una misma escuela. Por momentos aparece tal representación con más fuerza, porque tiene más vigencia. Por momentos hay alguna acción que los tiene más en cuenta, pero ahí pongo tres cuestiones que me anotaba mientras ibas armando la pregunta. Hay, como decimos, una categoría nativa que ya vengo utilizando en términos de que la dicen los pibes, que es: “al otro se le tiene que notar que quiere estar conmigo”. Es larga la categoría, porque se trata de eso. Ellos hicieron, o hacíamos, una estrategia de construcción de datos clasificando a las personas que se relacionaban



con ellos en esto de la búsqueda de la desigualdad interaccional. Y clasificaron a las personas en gente que “se le nota que no quiere estar conmigo” y gente que “se le nota que sí quiere estar conmigo”. Ese que sí se le nota que quiere estar conmigo empieza a tener una posibilidad de ser un referente de escucha y de diálogo con las y los pibes. Los demás, son eliminados. Y, es más, si les puedo rayar el auto, lo hago. Algo así, porque es la rabia, porque “se les nota mucho que no quieren estar conmigo”, dicen los pibes. Entonces a un docente, a un militante, a un padre, a una madre, a un tío, se le tiene que notar que quiere estar con el otro, y eso implica la afectividad y la disposición. En ese que quiere estar conmigo, es que yo estoy reconociendo al otro como un sujeto que vale la pena, porque si yo no quiero estar con el otro, es porque no vale la pena el otro. Es esa idea. Yo también uso esto que tenemos en el lenguaje cotidiano en Argentina de que, cuando no queremos estar con alguien, le decimos que no lo soportamos. Bueno, cuando se me nota que quiere estar con alguien, es porque “lo soporto”, quiere decir, “le hago de soporte”: en ese sentido, soy trama de su vida y él es trama de la mía. Yo estoy metido. Ahí uno no puede quedar impoluto, eso no existe; entonces yo estoy metida, él está metido, y en ese estar juntos es posible alguna negociación. No siempre vamos a ir hacia el éxito porque las cosas van, vienen. A veces uno siembra algo y eso se cosecha veinte años después. No hay nada lineal en eso, pero por lo menos ese reconocimiento del sujeto legítimo es algo que se experimenta en la piel, en el contacto de estar con el otro y en esa

manera de querer estar. Esos espacios que uno puede crear en ese sentido ocupan a veces un tiempo minoritario en la vida de la persona. Entonces la disputa —y ahí voy con parte de la pregunta que vos hacías, Adriana— es muy grande, porque hay mucha oferta de otro tipo de interpelación al sujeto. Entonces, cuando uno empieza una clase o un espacio de algo, hay como unos primeros momentos hasta que se sientan o hasta que se acomodan, hasta que paran de gritar o de pegarse. Yo ahora estoy en un espacio de fútbol. Hasta que todo se aplaca un poco son los diez primeros minutos: o se pegan, o dicen malas palabras. Frente al ruido hay que aplacarlo, y una vez que eso ocurre se arman las reglas que permiten trabajar. A partir de entonces estamos en condiciones de decir que ahora acá se entrena, se hace esto, se pasa a lo otro. Esto ocurre porque se viene con esa otra dinámica. Si uno todo el tiempo se agrede, cuesta un montón de trabajo tener una horita de no agredirse. Es como esa búsqueda que muchas veces han hecho la escuela u otros espacios.

Y esto es algo que visibiliza que la infancia, la adolescencia y la juventud —y meto también a los niños— no están en la agenda política de ningún candidato al día de hoy. Están las organizaciones de niñez, los espacios que desde las redes intentan que aparezcan en la agenda pública, pero es llamativo, y esa es una de las lecturas que uno puede hacer, que la sociedad no los está mirando.

Frente a esto, en parte me decía a mí misma: ¿no los quiere ver?, porque en el nivel estructural de la desigualdad, iocupan el 50% casi! Si habla de



ellos tiene que hablar de que hay algo que no funciona en la sociedad. ¿Qué les va a decir si no, que está todo bárbaro, si no dan los números para ese relato? Entonces la interpelación estatal construye infancia, construye juventud, es muy importante cuando hay políticas públicas que interpelan al joven como un actor potente. Y nosotros tomamos muchas veces como ejemplo de ese formato el período de la presidencia de Néstor Kirchner. Fue desde los espacios gubernamentales más altos, desde el presidente, que se hizo una interpelación directa a los chicos y a los jóvenes: “los necesito, tienen que estar acá para hacer esto, ahora”; y además una interpelación no solo al futuro —que es una interpelación clásica del tipo “ya van a resolver las cosas después”, pero cuando ellos lleguen ahí ya no van a ser jóvenes, por eso yo también digo que eso es una representación negativa—, sino al ahora: en mi experiencia etaria actual, ¿cómo soy tenido en cuenta, quién me llama, quién me nombra? Si la agenda pública no los nombra, no existen.

AC: Me quedan varias cosas, pero voy a preguntarte por una que aparece en tus escritos y en lo que vos acabás de contar acá. Al pensar en clave de derechos y al pensar a los jóvenes en esta situación de acumulación de desventajas, como decís muchas veces, lo que se ve es que son como muchas capas, hay una capa tras otra sobre la cual uno tiene que trabajar. Cómo ves eso en relación con algo —ya que lo mencionaste antes— que también está en el sentido común y se usa como un eslogan, que vos lo traés en un momento: esta cuestión del precariado, pero

que desde el sentido común es como: “bueno, esto se resuelve con trabajo”. Esta es una referencia digamos “clásica” de las personas de a pie y de la política. Entonces, es como si toda esa complejidad, todas esas capas, se articularan pura y exclusivamente a partir de la existencia de un empleo. Me parece que lo que tus trabajos muestran es que en realidad es mucho más que eso. El trabajo es un punto importante, sin dudas, pero es apenas uno de los muchos elementos, una de las diferentes capas que hay que ir acumulando y coordinando.

MC: Quisiera hacer mención a dos compañeros. Uno es Gonzalo Saraví, un compañero de acá, de Argentina, pero que vive hace mucho en México, que es uno de los que más trabaja la idea de acumulación de desventajas. Estudió la juventud en Argentina y después siguió estudiándola en México. El otro es Gonzalo Assusa, que es un compañero más joven, de Córdoba, que viene trabajando fuerte la cuestión de juventud, desigualdad y trabajo, y que tiene unos videos de divulgación que imitan la estética de Mario Bros., y son muy interesantes para ver cómo se articulan múltiples dimensiones, y que no es solo que son vagos, para decirlo así.

En general, el discurso de que el trabajo te va a solucionar la vida es una propuesta individualista. Porque el trabajo, en el contexto del capitalismo, es la venta individual de la fuerza de trabajo. Por lo tanto, es como si vos a tu vida la fueras a resolver por tener trabajo, lo que tiene que ver con señalar que la salida es individual. Si solo se tratara de eso, de que sos vos



el que tiene que conseguir trabajo, la sociedad estaría bárbara, habría un montón de trabajo y el problema serías vos, que sos el que no lo consigue. Ya sea porque no tenés experiencia –entonces tenés que hacerte algún currículum, o hacer tal otra cosa–, o bien porque no estás capacitado. La mayor parte de las políticas frente al desempleo juvenil son de ataque a la desigualdad en términos individuales, es decir, el incremento de la capacidad individual. Siempre digo lo mismo, está buenísimo aprender cosas, pero el incremento de la capacidad individual no necesariamente va a impactar en reducir el desempleo juvenil, porque vas a tener muchas personas más capacitadas, pero no hay oferta de puestos de trabajo. Con lo cual a veces eso tiene un efecto boomerang en la subjetividad. Se crea frustración porque te responsabiliza individualmente de encontrar o no un puesto de trabajo. Entonces, tiene que haber formaciones, ¿cómo no?, pero tiene que haber puestos de trabajo dignos y eso requiere intervenciones a nivel estructural e interaccional con los jóvenes.

E igual hay que entrar también en otra discusión, que es si sigue existiendo la sociedad salarial. Si estamos en un momento del capitalismo en el que es posible que todos tengan un puesto de trabajo, en el que se puede esperar el pleno empleo. En el caso argentino, que haya puestos de trabajo en blanco, como le dicen los pibes comúnmente. Todos quieren tener un puesto de trabajo de ese tipo, porque está asociado a que vos tenés una serie de derechos de la seguridad social y derechos en torno a la sindicalización, con posibilidades de ahorro para la vivienda, vacaciones,

jubilación, sistema de salud. Entonces hay una cobertura de la vida que las personas saben que existe y lo tienen claro, pero que es difícil acceder a eso, porque en la organización actual del capitalismo parece algo reservado solo para un sector de la población. Este otro sector, no es que no está logrando entrar pero en algún momento va a ingresar... No, no es necesario que entre nunca. Esa es la forma del precariado. Por eso es muy interesante el desarrollo de este nuevo sujeto político que tenemos en Argentina, que es el trabajador no empleado y los movimientos de desocupados. Hay que mirar cómo, qué se hace. Porque a veces se dice: “pero se genera como un mercado de trabajo paralelo y deberían ir todos a este otro”. La economía ya funciona en mundos paralelos. Entonces se suscita eso de “aunque sea dejame tener trabajo en ese otro mundo, en el informal”. Porque no sé si va a haber una unidad de todos los segmentos de la economía. La verdad es que no está sucediendo. Por eso hablamos de heterogeneidad estructural. No es que el desarrollo de la tecnología, que lleva a un grupo de trabajadores a tener buenas condiciones de trabajo, etcétera, arrastra y encadena positivamente a otros sectores de la economía. No, están funcionando separadamente, entonces hay un montón de preguntas para eso. Pero sí me parece importante incorporar una narrativa en relación con la cuestión del empleo. Una narrativa que explique que el empleo no es una búsqueda individual. El empleo es un hallazgo colectivo, en el cual uno tiene que poner su cuota, obvio. Hay que levantarse, hay que ir, hay que cumplir, pero tiene que haber esas otras formas. Este



viernes pasado estaba dando un curso para profesores de la Escuela de Cadetes del Servicio Penitenciario y hablábamos, porque las fuerzas de seguridad —entre ellas pongamos también al Servicio Penitenciario— son una de las apuestas de las juventudes al trabajo de tipo pleno empleo, porque es un estudio que te asegura el empleo, o casi. Siempre pensé que una política pública excelente sería hacer el mismo sistema de financiamiento para la formación en seguridad que para la formación pedagógica. Imagínense, si uno cobrara mientras estudia de maestro y después te aseguraran un empleo, quizás un montón de gente estudiaría para maestro o profesor. Eso es lo que pasa en las fuerzas (las Fuerzas Armadas, las de seguridad, el Servicio Penitenciario) y es una apuesta digna.

AP: Ahora, saltando al tema de las universidades y al mundo académico, yo tengo varias preocupaciones al respecto. Por un lado, el hecho de que efectivamente —en continuidad con lo que acabás de decir— también en ese mundo los chicos consiguen un título y trabajan. Y conozco muchos casos en que se les abren dos caminos: o bien tener un trabajo en una empresa transnacional, o bien estar nueve horas sentados en la computadora realizando pedidos o contestando reclamos, y tienen ese camino que es el que no les da ningún tipo de vinculación con la formación que han tenido, excepto en sectores muy determinados, como quienes se reciben de médicos y consiguen algún lugar, alguna pasantía. Pero bueno, entonces, está el hecho de que hay una ruptura fuerte entre el trabajo y la formación, es decir,

¿qué les pasa a las universidades y qué pasa, eso ya lo sabemos, con el mundo del trabajo?

Eso por un lado, y por otro lado, la dificultad para trabajar por parte del mundo académico con la incertidumbre, con las trayectorias líquidas de nuestro tiempo, etcétera. Hay otra cosa más que a mí me preocupa. Leí un artículo de *Éric Sadin* en *Página[12]* en donde dice que no se puede trabajar con los historiadores. Se enoja con Hobsbawm y dice que no se puede trabajar con los historiadores, que hay que tener un pensamiento referido al presente. Yo no estoy de acuerdo con esto, y lo que me pregunto es qué pasa que en la academia —digo la academia en particular, en las facultades, en donde nos movemos nosotros, y no solamente—, qué pasa que no hay un pensamiento académico que pueda de alguna manera vincular muchos factores que vos estás mencionando. Es como si se hubieran quedado en la idea de transdisciplina o de interdisciplina, que es una cosa muy distinta a lo que vos planteás, ¿no?

MC: Por un lado, te anticipo, te spoiler el final: por lo menos yo tengo una dificultad para pensar varias cosas del presente. Y después vuelvo sobre eso porque el esquema de pensamiento es como que hubiera quedado dislocado de la época, en parte. Tengo que aprender muchas cosas. Pero vuelvo: nosotros estamos teniendo sociedades cada vez más escolarizadas, por lo menos en Argentina, con la masificación o el incremento en el secundario, más gente en la universidad. Es absolutamente favorable la cercanía de los espacios de estudio, la creación de las



universidades para personas que no veían eso como posible, porque en las entrevistas aparece eso de que “a mí siempre me han dicho que la universidad no era para mí, y ahora veo que es para mí, me encuentro con semejantes, con iguales, puedo estar”. Ahí también, muchos de los que andan mirando la trayectoria en la universidad, que tiene su desgranamiento histórico, dicen que la experiencia de haber estado, aunque no se titule, es siempre una experiencia positiva. Y en las titulaciones, nuevamente nos encontramos con esto que vos marcás: no necesariamente eso se va a convertir en un puesto de trabajo. Las conversiones de los capitales escolares en capital económico siguen teniendo dificultad, pero parece —por lo que nos dicen los que estudian esto— que las titulaciones universitarias siguen promoviendo el ascenso social, tienen posibilidades de conseguir mejores puestos de trabajo que si no tuvieran estas titulaciones. Habrá que ver en cada caso.

Eso por un lado. Ahora bien, por otro lado, me falta tiempo para pensar. Creo que hay que hacer un análisis de cómo se han transformado las condiciones de trabajo de los intelectuales, de los investigadores. Yo ocupo el 80% de mi tiempo en burocracia o en evaluación, toda esa tarea, y noto que no me queda tiempo —y no soy yo sola, porque es la conversación con muchos otros colegas— para pensar, para parar, para escribir, para estudiar más, y también, ahora que vos lo marcás, nos hemos ido especializando tanto algunos que por ahí tenés a alguien que está explicando una cuestión urbana y no sabe de economía. Y esto es

imposible hoy. No es posible explicar la cuestión urbana sin entender la economía. También tenemos una presión por conocer más cosas, o por lo menos, tener un panorama.

AC: A mí me resultaron muy interesantes dos cosas que dijiste, porque no las había pensado desde esa perspectiva. Por un lado, eso de la capacidad del Estado y de la política de interpelar cuando *nombra* al otro. El *ser nombrado* que vos dijiste me parece muy interesante. Por otro lado, la modificación, la transformación que produce el pasar por experiencias de igualdad, no importa en qué ámbito sea. Estas dos cosas son como dos pinzas con las que uno podría trabajar sobre las personas. Y más aún, es una vía de entrada para estructurar la cabeza de quienes van a pensar o están pensando la política pública y las intervenciones. Las experiencias de igualdad y el hecho de ser nombrados como capacidad de la política y del Estado para interpelar al otro, para traerlo, para afirmarlo en lugar de dejarlo de lado, de no querer verlo, de negarlo, de ocultarlo.

A mí me interesó muchísimo el libro *Experiencias metropolitanas*, me dejó pensando en el tema de la experiencia de habitar, con muchos interrogantes sobre cómo los diferentes chicos habitan y transitan la ciudad. A veces uno se encuentra en la ciudad de Buenos Aires, y un poco en La Plata también, con chicos que están en situaciones digamos de vender algo (como hacer malabarismos, que es vender, es vender su trabajo), hacer malabarismos en el semáforo, o sentados en una esquina; y uno tiende a verlos como extraños que entraron a



la ciudad. Eso es lo habitual, vienen a las ciudades desde quién sabe qué lugares, desde los barrios y demás. Hay muchísimo para hablar sobre esto, sobre el tema del territorio. ¿Cuál sería la relación de los jóvenes con su propio territorio, el de su comunidad, y ese mucho más grande del cual uno ve que de todas maneras se van apropiando de lugares específicos? Se apropian de una esquina, se instalan en otro lugar, duermen en la ciudad, pero tienen su familia. Entonces, ¿cómo ves este tema de la relación con el territorio? ¿Hay ya información sobre la relación de los jóvenes con la metrópolis durante la pandemia y después de esta?

MC: Sí. Yo empecé a estudiar jóvenes porque me decidí por la antropología urbana. En realidad, en un momento me fasciné con la antropología urbana —cuando estaba terminando la carrera— y a mi doctorado lo planteé sobre disputas en el espacio público. Ahí me encontré con los pibes y terminé trabajando más sobre juventudes, para decirlo así. Eso tiene que ver con que los jóvenes, las personas más chicas, en general, en todos los espacios que habitan ocupan la posición de subordinados: la casa, por la estructura del sistema de parentesco; las instituciones educativas, por cómo las instituciones están conformadas; si trabajan, también en el espacio laboral, porque no es que van a ser los jefes; y entonces el espacio público aparece como un territorio posible de distanciamiento de relaciones jerárquicas, donde vos podés estar más entre pares: históricamente es el espacio de la junta. Porque no es que desaparecen las relaciones de dominación, pero no son en

el mismo grupo, no son tan visibles, salvo que aparezca el vigilante o algo así. Esto te permite tener estructuras de interacción social entre pares, que no es que no haya relaciones de poder entre pares, obviamente las hay como en todo grupo, pero no institucionalizadas así claramente como en el trabajo, la escuela y la familia, como esos tres clásicos; o la Iglesia, que es otro de los espacios importantes para las y los pibes.

Entonces, la ocupación del espacio público históricamente es el lugar donde se los ve y, por eso, también históricamente ha sido una preocupación para el Estado y para la sociedad. Los primeros estudios de juventud nacieron en Chicago (también los primeros estudios urbanos) y lo hacen a causa de las pandillas juveniles. La preocupación era que se peleaban y ocupaban el espacio. Y por supuesto, la cuestión era saber qué hacen, si son delincuentes, por qué no hacen nada, etcétera. Porque la sociedad tiene una preocupación muy grande por gobernar el tiempo de las personas. Entonces, esas personas están haciendo algo que no puede ser leído como productivo en términos de generación de mercancías, pero aun así se están construyendo como sujetos: hablan de sus cosas, miran el cielo, tienen novios, muchos han trabajado; es un espacio muy importante para ellos, y esto no es leído nunca desde la productividad. Por eso, se generan políticas, intervenciones para ocupar el tiempo de los pibes de otra manera. El espacio público es un lugar fundamental de construcción de autonomía, te posibilita separarte de los adultos para armar otras reglas de juego, enfrentarte o no, estar entre



pares. Ahí entra de la mano otro proceso: los sectores medios altos, por las formas de las metrópolis y de las grandes ciudades –esto es muy diferente en las ciudades chicas y en los pueblos–, han dejado de criar a sus hijos en vínculo con el espacio público, por las cuestiones de seguridad, los temores, etcétera, y han recludo a los chicos en los espacios privados. En esos sectores sociales en general tienen casas donde hay un espacio propio del adolescente y joven, que es su habitación. En los sectores pobres eso no existe. Ese territorio de la habitación es un territorio de autonomía donde cobra mucha relevancia la conexión virtual. Hay un espacio de autonomía juvenil para algunos pibes que se crea en ese mundo separado, en ese espacio separado de los adultos, que ha sido por ejemplo Twitch, los juegos en red, montones de lugares donde no entran los otros. Es muy importante que las y los pibes tengan un espacio que nosotros desconozcamos, que no sepamos de qué hablan. Si no, no se pueden separar, no se pueden construir como sujetos, más allá de que queramos acompañar. Entonces yo creo que el espacio virtual hace de espacio público en esa crianza para los que no están en el espacio público como tal. Después, sigue existiendo también la ocupación del espacio público en localidades más pequeñas y en los sectores populares,

donde las casas son muy chiquititas, donde nadie tiene una habitación para sí solo y por lo tanto la calle es tu lugar, el lugar en que estás entre pares.

Esto se vincula con otra cosa. Hoy Adrián retomaba la cuestión de nombrar al otro. La vida en la ciudad se definió cuando las ciudades se constituyeron como la posibilidad de vivir entre personas diferentes sin saber mucho del otro, que se conceptualiza como el derecho al anonimato. Es tan importante ser nombrado como pasar desapercibido, sobre todo cuando uno quiere pasar desapercibido. Y eso es lo que no logran, a lo que no tienen derecho los jóvenes de sectores populares en los centros urbanos. No tienen derecho al anonimato, son visibilizados siempre, en general con características negativas, como ocupantes extraños. No pueden pasar desapercibidos, como los pibes de otras clases sociales, aun si chicos de clase media o alta andan circulando por ahí. Eso es una vulneración de derechos y es una visibilización negativa. Entonces se vuelve sobre lo que hablábamos antes de los reconocimientos negativos de la circulación por la ciudad.

AP: Te agradecemos mucho, Mariana, por todo este tiempo dedicado. Sería para hablar muchas horas sobre estos temas. Dejás muchísimo para pensar. Gracias.

